

ANDRÉS SIMÓN LORDA, *IN MEMORIAM*

Miguel García-Baró
Universidad de Comillas

Autoridades académicas, amigas, amigos:

Agradezco muy profunda y sinceramente vuestra presencia aquí esta mañana. Agradezco mucho, en nombre de todos los amigos de Andrés Simón —numerosísimos amigos— y de su familia que esta Facultad, en la que él era un profesor muy modesto y casi un recién llegado, aunque desde sus años de estudiante estuvo vinculado con ella, haya organizado este pequeño homenaje. No creáis que ni todas ni la mayoría de las instituciones se detienen a considerar imprescindibles actos y tiempos como éste. Se ve que una profunda humanidad todavía está en el primer término de vuestra vida cotidiana. Enhorabuena por ello.

Será también, seguramente, que la presencia de Andrés Simón entre vosotros, aunque haya sido breve, se habrá dejado notar con fuerza. No creo posible otra cosa.

Agradezco también extraordinariamente que se me haya invitado a hablar en esta ocasión. Hay mucho de inmerecido en que ustedes hayan pensado en mí, a causa de que había mucho, muchísimo de gratuito en que Andrés me considerara una persona importante en su vida.

Soy hombre de mucha imaginación y, como aplicado discípulo de Sócrates, de Husserl, de Kierkegaard, de Levinas, de Rosenzweig, cuento real y hondamente con la muerte: con la propia y, más aún, con la de las personas que conviven conmigo. Me inquieta la idea, que se me ocurre con frecuencia, de que muchos parecen vivir como si ésta fuera una de las varias vidas que tienen por delante, de modo que, por poner algún ejemplo, dan, al menos desde fuera, la impresión de que, si ahora viven esclavizados ridículamente a otros hombres o distraídos en empresas estúpidas, es porque de alguna manera se representan que ya dispondrán de otras oportunidades; que esta vida primera es como un ensayo en donde se aprenden las reglas elementales para poder vivir ya de verdad una vida posterior, en la que uno será libre y buscará la plenitud, después de haber comprobado los males que comporta no buscarla con valentía, no decidirse a vivir libre.

Pues bien, a pesar de que estos pensamientos no suelen abandonarme y de que procuro “educarme en la posibilidad”, según la feliz expresión de Kierkegaard, y de que los acontecimientos se encargan de recordarme, si es que desfallezco, que nuestra existencia es realmente existencia, y no cosa presente, en los términos tan conocidos de Heidegger, jamás pensé que un día vería muerto a Andrés, que escribiría para él una necrológica, que tendría que reconstruir parte de mi vida debido a su ausencia. Andrés era, y creo que no sólo para mí, una de esas personas que, más o menos inadvertidamente, se vuelven puntos de referencia, hitos fijos en la existencia. Lo de menos para que así fuera era su poderosa presencia física, que, desde luego, no transmitía la más pequeña vislumbre de enfermedad, debilidad, peligro. Es verdad que contrajo una neumonía y que la espalda se le había vuelto frágil de tanto transportar cargas de libros y catálogos; pero naturalmente seguía de inmediato a la noticia de su enfermedad la de su recuperación total, y en la próxima visita a Madrid Andrés cargaba en la mochila, de un extremo a otro de la ciudad, los mismos kilos de papel que de costumbre, sin que le oyéramos una tos siquiera. Lo que de verdad importaba en este hecho de que, sin darnos cuenta, Andrés se nos hubiera convertido en una referencia estable de pura vida, era que el centro de su personalidad estaba hecho de fidelidad y generosidad.

Se supone siempre que una muerte tan terrible como ésta tenderá a ser conmemorada en términos de alabanza exagerada de quien la ha sufrido. Os ruego, sin embargo, que olvidéis este tópico. A mis años, con el bagaje de experiencias ya tan grande que no he tenido más remedio que reunir, os aseguro que no me quedan ganas de decir otra cosa que no sea la verdad desnuda, oportuna o inoportunamente, y que no habría fuerza en el mundo que me hiciera exaltar insinceramente a una persona o una cosa. Sé muy bien lo que me digo cuando acabo de afirmar que la presencia de Andrés en las vidas próximas a la suya estaba hecha justamente de los materiales, tan raros, fidelidad y generosidad, y esto, invariablemente. De una manera tan consistente, tan inmutable que la primera idea que asociamos cualquiera de sus amigos con el recuerdo de Andrés es la paz, la calma que trata de poner calma; la imposibilidad de la ira, del rencor, del quedarse guardando ofensas. Yo no sé si alguno de sus alumnos aquí habrá visto a Andrés enfadado, pero sí sé que los que lo hemos seguido a través de algunos de los momentos de verdad complicados e injustos que le han tocado, no hemos podido observar en él ni una sombra de furia, despecho, interés por vengarse. Esto es rarísimo. Esto no se puede decir prácticamente de nadie más que yo conozca, aunque en la relación de las personas que puedo recordar hay bastantes extraordinarias tanto en sentido moral como en sentido intelectual.

Andrés ha sido, dicho en otros términos, un hombre de una consistencia, de una firmeza por completo fuera de lo común. Y si se mantenía así —que no es precisamente estar en la situación del hombre que cree haber ya encontrado

todo lo que necesita, sino, por el contrario, en la del hombre que busca permanentemente— era porque, todavía más en el centro de él, la clave real era la generosidad continua. Repito que sé literalmente lo que me digo, y que sé, por tanto, que esta afirmación es una enormidad; pero es verdadera.

En definitiva, Andrés ha sido un hombre que se ha vinculado de por vida y sustancialmente a una existencia filosófica orientada más por un *ethos* que por ningún dogma; un hombre que se ha tomado perfectamente en serio ciertas verdades capitales y ha vivido desde su suelo. En los muchos años en que hemos sido amigos, y sobre todo en la etapa madrileña de su formación como investigador en filosofía, hemos tenido ocasiones continuas de debates y encuentros, y hay dos recuerdos que pueden ahora iluminar lo que trato de transmitir a ustedes. Por una parte, estábamos profundamente de acuerdo Andrés y yo en un punto: hay que vivir, ciertamente, en la interrogación radical, en la imitación de Sócrates, en la disconformidad con las respuestas no analizadas hasta el final; pero esta actitud, la actitud filosófica, tiene de alguna manera supuestos, y el principal de ellos es, justamente, en el que se expresa en el nombre que los socráticos tomaron para su empresa; porque lo primero que necesariamente ocurría en Sócrates era el amor a la realidad. Sin este amor primordial, ninguna admiración, ninguna cuestión, ninguna evidencia. Sócrates puede dialogar y debe dialogar con todos los hombres, siempre y cuando a su interlocutor le interese hondamente alguna realidad, por reducida que sea y aunque esté limitada a la única realidad de su propio yo. Pero si cabe un hombre al que nada le interese lo más mínimo, ése será el que ni siquiera entenderá el saludo de Sócrates. Andrés, por cierto, había cultivado, ya desde antes de que yo lo conociera, este amor a la realidad en la escuela de Zubiri, en la que este factor está sabia y fuertemente destacado en el primer plano.

El segundo recuerdo esencial que me trae esta terrible, tan inesperada, posibilidad de contemplar desde hoy, ya como un todo que se ha cerrado, la vida de Andrés, es la frecuencia con la que compartíamos cierto espanto: el de comprender que no veíamos a nuestro alrededor casi a nadie de quien pudiéramos decir que estaba en camino hacia lo real, hacia lo verdadero, o sea, moviéndose, cambiando, viviendo una auténtica aventura con la verdad y la realidad. Leíamos muchas veces aquellas palabras de Levinas: se va a la muerte como a la aventura, que nosotros siempre ligábamos con las otras de Sócrates: el filósofo es precisamente aquel que sabe que hay algo peor que la muerte: hacer el mal. Considerábamos desde aquí lo que hay de justo y lo que hay de injusto en las descripciones de Heidegger acerca del ser-a-la-muerte, y nos acordábamos permanentemente de aquello que Unamuno llama mitopóiesis en la segunda mitad del *Sentimiento trágico*, donde el amor doloroso se describe en su formidable capacidad creadora dando lugar a la misma fe práctica en que la muerte no es la palabra definitiva con la que la realidad responde a nuestras demandas. A nosotros nos inquietaba profundamente la

posibilidad de dejar secar en nosotros mismos la fuente de la inquietud esencial por lo real, que nos atrevíamos a formular en los términos más clásicos: la unidad del ser, lo verdadero, lo bueno y lo bello. Ahora, al mirar en su conjunto cómo ha vivido Andrés, puedo decir, con toda la significación de tales palabras, que su vida ha ofrecido el espectáculo absolutamente inusual del movimiento hacia lo que no sólo se decía que se buscaba, sino que se buscaba realmente.

Yo no sabía inicialmente estos datos biográficos de Andrés, e incluso de algunos de ellos sólo me he enterado esta semana, recordándolo en compañía de amigos más antiguos suyos; pero en sus comienzos, igual que sus dos hermanos mayores, Andrés había iniciado los estudios de Medicina, con el éxito académico que le acompañó siempre, aquí en Santiago. Pero sus inquietudes de orden ético y religioso le llevaron ya muy pronto a los umbrales de la filosofía, y se decidió a cambiar la orientación de sus estudios cuando la necesidad de la filosofía se le hizo evidente. Estoy seguro de que el ambiente de amor, confianza y apertura a las cosas que compartía en el interior de su familia y en su amplísimo círculo de amigos fraternales en esta ciudad influyó como una bendición inicial en toda la carrera de Andrés. En los principios de su atención hacia la filosofía estuvo el descubrimiento del personalismo comunitario, o sea de los discípulos lejanos de Emmanuel Mounier que trabajaban en España, el más activo de los cuales era y es Carlos Díaz. El Instituto Mounier fue desde el principio una referencia para la posibilidad de orientarse en el mundo intrincado de la filosofía.

A partir del segundo año de sus nuevos estudios, Andrés se trasladó a la Universidad Complutense. Madrid, donde vivía ya la familia de su hermano Pablo, ha sido la segunda ciudad de Andrés. Un Madrid que apenas se componía más que de bibliotecas y librerías —sobre todo, la Cuesta de Moyano, cercana a la casa donde vivieron Andrés y Soedade con su niña en los últimos tiempos madrileños; probablemente, el domicilio se escogió por la proximidad a los libros viejos—. Bibliotecas, librerías y algunos amigos nuevos. Andrés compraba libros con una voracidad casi fuera de lo razonable y sabía de memoria toda la bibliografía en castellano sobre cualquier campo de la filosofía. La otra manía principal de Andrés era, por cierto, la desmedida afición al teléfono, que nos hacía sufrir a algunos amigos que somos, por el contrario, alérgicos a la conversación sin gestualidad ni cuerpo. Ni que decir tiene que Andrés nos llamó por teléfono a todos, invariable e inacabablemente, hasta dos días antes de morir, y que gastó en libros todo el dinero familiar incluso cuando dejó de estar cerca de la Cuesta de Moyano.

El personalismo comunitario impregnó la vida de Andrés definitivamente, pero no en la manera de un dogma indiscutible, sino según el espíritu del hombre admirable que fue Mounier: inspirando y llevando siempre a nuestras perspectivas. En definitiva, de lo que se trata es de combinar existencialmente esperanza cristiana y socialismo utópico. En un artículo que publicó hace

cuatro años en *Acontecimiento*, el órgano de expresión más difundido de los personalistas comunitarios, Andrés se preguntaba, a propósito de Rawls, si es que acaso no somos “las personas que somos por los valores que ratificamos en nuestra vida”. El valor esencial de la solidaridad era, justamente, el que primero aparecía ratificado en la experiencia profunda de la inspiración de Mounier en la vida cotidiana de Andrés Simón. Él apostaba por el poder de salvación implicado siempre en el amor, de modo que el resto de su actividad no tenía sentido más que si partía del fondo fecundo de la solidaridad realizada. En los últimos años, esta realización estaba ya perfectamente centrada en la familia, pero desde antes había, por ejemplo, el piso de Madrid, semiclandestino, porque la vecindad lo habría hecho muy probablemente cerrar, donde Andrés pasaba una parte muy grande de su tiempo cuidando enfermos terminales, en los momentos en que hizo su aparición el sida. Ya casado con Soe-dade, el piso aquel seguía centrando las vidas de ambos en una medida que a otros nos parecía extraordinaria y de la que no éramos en absoluto capaces.

Esta combinación de esperanza trascendente y realismo ético-político estoy cierto de que fue decisiva en las siguientes etapas de la carrera de Andrés. En el propio Mounier, a quien yo conozco mucho peor que como lo conocía Andrés —quien intervino, por cierto, en el gran trabajo de la traducción completa castellana de sus escritos—, se deja sentir la tensión hacia una investigación más detallada de los fundamentos teóricos del personalismo que la que pudo cumplir en su vida, también truncada prematuramente, el fundador de *Esprit*. Cuando Andrés entró en contacto conmigo, en la Facultad de Filosofía de la Complutense, estudiaba los años finales de su licenciatura y había recibido la impronta de Juan Miguel Palacios, el gran conocedor de las filosofías prácticas de Kant y de Scheler. Yo había tenido la inmensa fortuna de animar un grupo de trabajo que llevaba colaborando establemente ya casi diez años cuando Andrés lo conoció y que subsistió otros tantos después, e incluso no ha desaparecido aún, cuando yo decidí trasladarme a la Universidad de Comillas. Este seminario se ha llamado de varias formas, pero la que mejor le cuadra es la que ahora tiene todavía: Seminario de Fenomenología y Filosofía Primera. El tema central de sus trabajos ha sido y es, efectivamente, la recepción crítica de la obra de Husserl, pero vista en un conjunto tan amplio como la historia entera de la filosofía. Brentano, Reinach, Ortega, Merleau-Ponty, Zubiri, Heidegger, Levinas, pero también Platón, Descartes, Berkeley o san Agustín han estado continuamente en las manos de los aproximadamente veinte miembros de este grupo, semana a semana.

Creo que el contacto continuo con todos nosotros (Agustín Serrano de Haro, Pilar Fernández Beites, Víctor Tirado, Ignacio Verdú, Manuel Abella, Teresa Padilla y tantos otros) alentó en Andrés los deseos de investigar concienzudamente en los fundamentos del personalismo comunitario. No se tuvo que apartar un ápice de él ni de su inspiración, sino que, por el contrario, la siguió. No se dejó llevar en este momento crucial del activismo que promovían, un tanto

unilateralmente, algunos de sus amigos madrileños, sino que se propuso unificar, con su característica calma, la exploración de lo más arduo de la teoría personalista con la experiencia de utopía continua que era su vida familiar y su entrega a la caridad concretísima.

Fue justamente por esas mismas fechas, antes de concluir con la licenciatura, cuando se despertó en Andrés una vocación nueva, en la que ha tenido un éxito por el que con certeza se le recordará ya siempre en la filosofía española. Me refiero a la vocación de editor. El impenitente comprador y devorador de libros pasó de pronto a ser un hacedor de ellos tan apasionado y tan constante que perturbó felizmente las vidas de todos los que estábamos cerca de él. El problema era éste: si había, evidentemente, que trabajar en la fundamentación y la actualización del personalismo comunitario, no tenía sentido hacerlo sin complementar la investigación con conseguir ofrecer a todo el mundo, en lengua castellana, el riquísimo acervo de cuantos podían considerarse clásicos, antecedentes, consecuentes o compañeros de viaje de esta forma de situarse en la realidad. Había antiguas traducciones que revisar y que, sobre todo, dormían en los catálogos de libros descatalogados de editoriales españolas y suramericanas; pero había también muchas otras que hacer por vez primera, y era preciso que los que tuvieran alguna palabra original que aportar ahora pudieran publicarla.

Casi sobra decir que esta nueva empresa carecía de todo ánimo de lucro. Era bastante con conseguir no arruinar gracias a ella a ningún editor y no arruinarnos todos al mismo tiempo. Nos reunimos unos pocos en consejo de redacción y Andrés, director de la empresa, asumió que había que intentar la publicación —da escalofríos recordarlo— de seis libros al año. En la lista inicial no nos reservamos ningún *desideratum*. Esta semana ha llegado a mis manos el volumen número 45. Estamos en el año octavo de la colección *Esprit*, en Caparrós editores, de modo que nuestro compromiso está en que al final de 2001 el catálogo tenga ya 48 títulos. Lo repaso y me vuelve a conmover el capital de generosidad y de audacia que allí se ha reunido. Eso sí, ningún suplemento cultural de ningún periódico de gran tirada habló jamás de ninguno de estos cuarenta y cinco libros, ni tampoco, salvo raras excepciones, lo han hecho las revistas especializadas, como no sea que nosotros mismos, unos por otros, hayamos enviado recensiones a algunos consejos de redacción donde tenemos buenos amigos. Quiero decir que todo ha sido fácil, más o menos como debe de serlo viajar por el vacío perfecto.

El primer título de la colección era un indicio seguro de lo que cabía esperar de ella: *Yo y Tú*, el clásico fundamental de Martin Buber, en una nueva traducción, hecha por Carlos Díaz. Como en un anillo perfecto, el último libro para este curso deberá ser otro, el tercero que publiquemos del mismo Buber. Su traductor iba a ser Andrés, por fin liberado de la carga gravísima de su tesis doctoral. Si reúno las fuerzas suficientes, trataré de corresponder a la calidad de lo que Andrés habría realizado completando yo este trabajo que ha dejado inacabado.

Tres Buber, pues, el primero de los cuales expresa la convicción fundamental del personalismo: lo irreductible de la relación intersubjetiva frente a la relación sujeto-objeto. Y expresa esta idea con el ropaje que realmente necesita: la profundidad del análisis y del concepto, junto a la calidad lírica del texto.

Pero en esta misma colección se ha editado por primera vez en castellano nada menos que a los siguientes filósofos, según el orden cronológico de las traducciones: Jean-Luc Marion, Ferdinand Ebner, Philippe Nemo, Maurice Nédoncelle, Michel Henry, Jean Lacroix, Jean Nabert, Jean-Louis Chrétien, Claude Bruaire y Armando Rigobello. Y figuran libros capitales de Max Scheler (cuya *Ética*, revisada por Juan Miguel Palacios, es precisamente la corona de todo el trabajo, el número 45, el último que Andrés recibió la misma semana de su muerte y yo he traído conmigo antes de que esté disponible en las librerías), Paul Ricoeur, Simone Weil, Emmanuel Levinas, Franz Rosenzweig, Carlos Díaz, Juan Martín Velasco, Gabriel Marcel, Paul Louis Landsberg, Elie Wiesel, Juan Luis Ruiz de la Peña, Hans Urs von Balthasar o Wolfhart Pannenberg. Junto a todos ellos, la colección ha recogido también trabajos de una cantidad importante de españoles contemporáneos, como Gabriel Amengual, Patricio Peñalver, Josep María Esquirol, Francesc Torralba y otros más. Hasta hay en ella un libro mío.

Andrés ha conseguido hacernos trabajar hasta la extenuación a todos, gracias a que él, incluso desde Santiago, dedicaba horas cada día a negociar derechos, urgirnos, corregir traducciones y pruebas, preparar listas de suscriptores, enseñar a los distribuidores cuáles son las librerías que no se pueden desatender en todo el país y, como nos habíamos propuesto desde el principio, no dejar que los libros se mueran, sino ir preparando siempre nuevas ediciones mejoradas en todos los sentidos, al tiempo que se terminan las anteriores. Porque ha ocurrido que, aunque prácticamente nadie ha hablado de esta colección, de este *unicum* en la panorama nacional, los libros se van vendiendo y no hemos cargado con la culpa de arruinar a nuestro editor. Se ha demostrado de un modo glorioso y excesivo cómo el trabajo gratis y amoroso y tozudo lo puede prácticamente todo.

Andrés, como he dicho, acometió, para la investigación que iba a ser su tesis doctoral, lo más difícil de lo más difícil, simplemente porque era también lo más central de todo lo que se podía proponer. Fue el problema de la descripción fenomenológica del encuentro intersubjetivo, a través de los innumerables textos dedicados por Husserl a explorarlo. El mismo tema sobre el que escribió ochenta años antes Edith Stein su disertación doctoral, personalmente dirigida por Husserl. Yo tenía la dura experiencia en el asunto de haber sido dedicado también a ello cuando tuve que redactar mi memoria de licenciatura. Mi profesor de Maguncia, además de mi admiración por Edith Stein, me llevaron a empezar, desatinadamente, la fenomenología por el techo del edificio, de modo que conocía lo que significa atravesar el fuego de los millares

de páginas de *Husserliana* sobre la fenomenología de la intersubjetividad, y podía imaginar bastante bien lo que sería bucear en los Archivos Husserl de Lovaina y Colonia buscando el resto aún inédito, más allá de los libros esenciales de Langrebe, de Held, de Waldenfels, en los que yo me había detenido quince años atrás.

Por otra parte, Andrés ha estado siempre seguro de que había que avanzar en la dirección señalada por Buber y se aficionó intensamente a los estudios de filosofía judía que yo también había iniciado por la época de su llegada a Madrid. El Centro de Estudios Judeocristianos ha sido uno de los hogares madrileños de Andrés y Soedade, y también de Pablo Simón y de Inés, su mujer. Rosenzweig, Cohen, Levinas atraían tanto a Andrés como me atraían a mí. El problema de la reflexión filosófica en torno a Auschwitz fue creciendo a nuestros ojos. Wiesel, Fackenheim, Maybaum. Había, pues, que aprender algo de hebreo, del mismo modo que había que profundizar en los conocimientos de lengua gallega, después de dominar por completo el inglés y el alemán. Era una cosa clara que el verdadero hogar de Soedade y Andrés estaba en Galicia, entre Orense, el campo de Lugo y la ciudad de Santiago. Un día que tenía yo que intervenir en un congreso aquí de la Sociedad Española de Fenomenología —huelga decir que Andrés también colaboraba con ella cuanto podía—, mi amigo Andrés me mostraba una vez más las maravillas de Santiago, que yo descubría en la luz novedosa de un amor casi absoluto por esta ciudad. Nos encontramos casualmente, en la rúa del Villar, con una amiga de Andrés y me fue evidente que allí donde él y Soedade tenían tales amistades, la familia y el objeto de todo su entusiasmo por la naturaleza, inevitablemente se volvería la meta de sus vidas, como luego sucedió. Tendríamos que conformarnos con las llamadas por teléfono y con las visitas mensuales a los seminarios de la Fundación Ortega, del Instituto de Filosofía del Consejo o, ahora, de la Universidad de Comillas, donde Andrés trabajaba en el nuevo proyecto de investigación, que estamos dedicando a las bases filosóficas del concepto de solidaridad y a los problemas de la recepción filosófica de las tragedias históricas del siglo XX. No sería delicado que yo dijera más sino que Soedade, Alexandra y Camilo, el niño que ha muerto a la vez que su padre, eran y son parte misma de Andrés.

En este momento, todo el trabajo titánico de Andrés Simón empezaba a fructificar espléndidamente. Su tesis doctoral costó años durísimos, que además de la dificultad intrínseca del trabajo filosófico estaban bajo la presión moral, esencial para Andrés, de cumplir con los plazos de su beca: con los cuatro años que se concede en principio. Poco a poco fue acostumbrándose la visión de Andrés al microscopio de Husserl y fue realizándose la empatía a cuya descripción estaba dedicando tanto esfuerzo. Por mi parte, yo lo torturaba adicionalmente exigiéndole redacciones más claras de los capítulos ya terminados, o la renuncia a las largas citas de Husserl, transcritas de los papeles de los archivos y traducidas personalmente por Andrés, a favor de palabras

propias que recogieran el mismo mensaje. La respuesta de Andrés, un tanto perpleja, era muy característica de su perfecta falta de narcisismo: si Husserl lo había dicho mucho mejor que como él podía decirlo, ¿a qué venía esta insistencia del director de tesis? Yo cedía por fin, desde luego, pero a cambio de obtener que Andrés escribiera capítulos de transición entre las fases históricas en las que él, ateniéndose a la letra de Husserl, exponía el conjunto de su problema.

La sorpresa esperaba en los Archivos Husserl: cada vez se veía mejor que lo publicado por Husserl apenas hacía justicia a lo realmente visto y descrito, sólo que el trabajo original había sido tan complejo como la tela que tejía Penélope en Ítaca. Husserl había recommenzado constantemente la descripción de todos los detalles, sin preocuparse por sistematizar su terminología y dejando abiertas líneas posibles de exploración casi en todas las direcciones. Su sagacidad le había llevado, de hecho, a anticipar, de pasada, prácticamente cuanto de más original había habido luego en las propuestas de los restantes fenomenólogos preocupados por el modo de donación originaria de la alteridad del otro. Era, pues, injusto, achacar a Husserl no haber conceptuado la cuestión más que, sobre todo, en los términos en que lo hizo en la *Quinta de las Meditaciones cartesianas*, como si la empatía condujera a un *alter ego*, no propiamente a un Tú, y lo hiciera exclusivamente a través de la parificación pasiva del cuerpo vivo y propio con el cuerpo fenoménico, ni vivido por dentro, del otro, en el modo de una perspectiva sobre el campo perceptivo que podría yo también tener si estuviera allí y así como ahora está el otro. Husserl conocía también formas más recatadas y formas más directas de la empatía, que no quedaban atrás respecto de las descritas por Scheler en *Esencia y formas de la simpatía* y por Stein en su famosa disertación de Friburgo; y que incluso apuntaban en la misma dirección en que Buber y después, muy críticamente, Levinas habían tematizado la alteración de la mismidad justamente por la llamada de la alteridad irreductible.

En la actualidad, sumamente ilusionado por sus clases en la Universidad de Santiago y en el Estudio Teológico de esta ciudad, a la espera de poder consolidar en la Universidad su situación profesional cosa que quizá hubiera ocurrido esta misma semana-, siempre en relación muy directa y fecunda con los fenomenólogos que trabajan en los Archivos de Lovaina (ciudad universitaria esencial, además, en la vida de Soedade) y Colonia, Andrés estaba tratando de demostrar que los presuntos avances de Michel Henry y de Martin Heidegger sobre las torpezas atribuidas a las descripciones de Husserl se basan muchas veces en comprensiones parciales. No había en esto nada de filología reemplazando a la filosofía, ni de sutilezas académicas sólo útiles en la academia. Había, en cambio, una profunda admiración, creciente siempre, por la finura y la precariedad de la filosofía radical, apenas audible en nuestro mundo. Andrés quería descender a aquellos lugares en la conciencia misma del tiempo en donde la llamada de la alteridad se hace audible en formas que apenas

si reconocemos como tales. Seguía convencido de que captarlas era un trabajo fecundo para la comprensión adecuada de lo que realmente es el ser humano.

El ser humano, este prodigio terrible que nos revela otra vez la muerte de Andrés. Para quienes quieran cosechar a bajo precio el sentido de la realidad, esta muerte les supone un límite definitivo y hasta la necesidad de desesperar. Si a alguna muerte se le puede hallar sentido, no, desde luego, a la de Andrés. En él todo era ahora comienzo y cosecha, ilusión y ascenso, amor desinteresado y búsqueda. Sigo sin dejarme llevar al terreno de la exageración: Andrés estaba llamado a ser —en estas palabras tan torpes lo expresábamos, como ahora tenemos que reconocerlo— una persona de importancia central en la vida de Galicia. Era un hombre buenísimo que se había introducido con toda decisión, irreversiblemente, por el camino casi desconocido de la sabiduría. Era un cristiano absolutamente coherente, para quien el seguimiento de Jesús de Nazaret no significaba nada que se parezca a la militancia en un partido de ciega obediencia a las consignas. Ha sido uno de estos pocos, poquísimos hombres cuya imagen necesitamos explicar a los que sólo la han visto pasar muy rápida, cuyo recuerdo tendremos que contar a su hija, porque es imposible haberlo conocido y olvidarlo, haberlo querido y quedar inalterado por su vida y su muerte.